



El lazo social desde una perspectiva psicoanalítica y la clase media

Patricio Debiase*

El presente trabajo hace un breve recorrido sobre el concepto de *extimidad* en relación a la dialéctica del deseo de Jacques Lacan (2015) planteada en el Seminario *La ética del psicoanálisis* con el propósito de introducir la dimensión ética del deseo en la noción del lazo social. Dimensión que sitúa de entrada al sujeto en la posición de tener que responder en torno a un objeto que es lo más íntimo y extranjero a la vez. En esta línea, a partir de la lectura del texto “Roberto Arlt, yo mismo” de Oscar Masotta (1982), se realiza un análisis del problema lógico que prevalece en el lazo social de la clase media y que organiza el andar del sujeto.

Apuntes sobre la *extimidad* en el lazo social

El lazo social es una noción muy utilizada en el ámbito de las ciencias sociales, normalmente para significar la influencia del entorno social en el comportamiento humano, y que se ha extendido también al campo de la práctica psicoanalítica. Sigmund Freud (1992), en *Psicología de las masas y análisis del yo* [1920], hace todo un recorrido para profundizar en la manera en que lo social influye en el sujeto desde la teoría de la libido, y lo más importante a destacar es que dicha influencia se produce sobre la base de una satisfacción libidinal.

La influencia del otro está presente desde los primeros trabajos de Freud. Por ejemplo, en el *Proyecto de Psicología*, publicado en 1895, el otro interviene en la primera experiencia de satisfacción del niño lactante (Freud, 1991). Luego, en *Psicología de las masas y análisis del yo*, retoma dicha premisa para decir que en el camino de la satisfacción pulsional el sujeto no puede prescindir del vínculo con los otros. Freud (1992), en dicho texto, toma la primera experiencia de satisfacción del niño lactante y ubica a la madre como el primer otro que asiste para proveer aquellos objetos que calmen el hambre, el sueño o el dolor. Pero aquí nos interesa destacar que la madre es el soporte de un objeto con el cual el niño mantiene una

* CIFFyH - CIEC / patriciodebiase@gmail.com

relación íntima y a la vez ajena que no se reduce a su persona. De aquí en adelante, el vínculo del niño con los otros se irá ampliando pero cada uno de los encuentros estará teñido por la presencia de dicho objeto ante el cual el sujeto será llamado a responder. Este objeto tendrá sus consecuencias en la constitución del aparato psíquico y para ello resulta preciso trazar algunas coordenadas para ubicar al otro. De hecho, Freud define al otro, en singular, como el *Nebenmensch*, concepto que Lacan (2015) rescata en el Seminario 7, traducido al español como “prójimo”, para otorgarle el estatuto de un objeto respecto del cual el sujeto debe ubicarse de entrada.

Para definir al lazo social desde el psicoanálisis nos interesa partir de la noción de *extimidad*, introducida por Lacan (2015) en *La ética del psicoanálisis*, porque ésta se ubica en un paso anterior a la constitución del inconsciente estructurado como un lenguaje y quizás esta noción sea el aporte más singular del psicoanálisis para investigar el lazo social. No solo porque otras disciplinas afines al campo social no la tienen en cuenta, sino también porque reintroduce una dimensión ética en el lazo social, en tanto resulta un momento crucial donde el sujeto es convocado a resolver un problema mediante una acción específica. En principio, dicha acción específica está dirigida a reproducir el estado inicial de la experiencia de satisfacción. Para Lacan, el prójimo designa dicha experiencia límite que sucede en el primer encuentro del sujeto con el mundo externo. En ese límite, el sujeto tiene relación del modo más íntimo con un objeto que queda aislado como siendo de naturaleza extranjera: el *Das Ding*. *Das Ding* es un objeto situado en el exterior, es el primer afuera con lo que el sujeto tiene contacto, pero su influencia se expresa de la manera más íntima. Es el adentro del afuera. No se trata de los estímulos físicos que provienen del organismo y del mundo exterior sino de un objeto que está perdido en tanto nunca más se lo vuelve a encontrar.

Cuando Lacan plantea que el objeto está perdido, al cual se le atribuye haber participado de una satisfacción absoluta, hace una aclaración sutil que desplaza la razón del estar perdido al hecho de que nunca se encuentra. Porque el objeto en realidad nunca se perdió, y si no se encuentra, es porque las representaciones inconscientes articuladas por el principio de placer producen y mantienen una distancia alrededor del *Das Ding*. Es por la intervención del inconsciente que una parte del objeto nunca llega a inscribirse. Por eso mismo, la vivencia de satisfacción nunca llega a concretarse de manera absoluta porque la acción específica está guiada por

el inconsciente. Así el encuentro con el *Das Ding* siempre es fallido. Pero ¿para qué sirve el primer encuentro con el *Das Ding*? ¿De qué sirve para concebir el lazo social?

Por un lado sirve para que el inconsciente se manifieste, porque al fallar en el encuentro con el objeto, muestra algunas aristas del deseo. Por otro lado, sirve para que el lazo se anude. Aquí es importante destacar que para Lacan las *Vorstellung*, las representaciones inconscientes, las impresiones significantes en el inconsciente, que son del orden de una escritura inapreciable, están esencialmente descompuestas y difuminadas. Es muy ilustrativa la descripción que toma Lacan (2015) de Freud sobre las *Vorstellung*, como “un cuerpo vacío, un espectro, un pálido incubo de la relación con el mundo, un goce extenuado...” (p. 79). El inconsciente estructurado como un lenguaje es una máquina muda que se difunde de manera parasitaria y enloquecedora. Y lo que hace que dicha máquina se ordene en un mundo simbólico articulado, como así también que el objeto se forje como una esfera imaginaria, es la presencia de dicho objeto nunca vuelto a encontrar. Sin este objeto situado en lo real por las representaciones inconscientes, no es posible producir la envoltura imaginaria y simbólica que permita orientarse en el mundo simbólico.

En torno de este objeto perdido se organiza todo el andar del sujeto con el deseo de volverlo a encontrar. Esta búsqueda requiere de un gasto considerable en la economía libidinal para hacer la prueba de que aún hay algo presente en la realidad con el fin de que los deseos puedan alcanzar la satisfacción. No se trata de la prueba de realidad en miras de hacer coincidir la representación con la percepción real del objeto que calmaría el hambre, el dolor, las necesidades vitales. Se trata de otra cosa, de asegurarse de que el objeto no encontrado aún esté presente para reproducir la satisfacción absoluta del deseo. Pero como el objeto no se vuelve a encontrar, el deseo queda a la espera de otra cosa que lo pueda estar aguardando, ya sea algo mejor o peor.

Este breve recorrido sobre el *Das Ding* sirve para situar un primer lazo que está antes del lazo social. Un primer lazo que une piezas heterogéneas de modo tal que mantengan entre sí alguna distancia. Es un movimiento de pliegue que envuelve lo íntimo y lo exterior, la separación y la identidad, la vida y la muerte. Dicho lazo es necesario que se produzca para que el sujeto no quede aferrado a lo que le hace mal. Un lazo donde el sujeto pueda sostenerse ante las tres fuentes de sufrimiento que Freud (1990)

menciona en *El malestar en la cultura*: la naturaleza hiperpotente que lo somete, el cuerpo propio como fuente de sufrimiento y las relaciones mantenidas con los otros.

La clase media: lectura de Oscar Masotta a partir de la traición del deseo en Lacan

En “Roberto Arlt, yo mismo”, Oscar Masotta (1968) afirma tener algo para decir de la clase media porque muchas de sus propias conductas se explican por pertenecer a dicho grupo social. La respuesta de Masotta sobre la clase media puede resultar anacrónica, ya que él mismo considera que algo bien dilucidado luego cae en la banalidad. Una banalidad que lo acompañó gran parte de su vida. Pero dicha respuesta aún produce efectos esclarecedores por el nivel en que es planteado el problema de la clase media. Masotta plantea que se trata de un problema lógico donde el sujeto es llamado a resolver para obtener una respuesta acerca de su posición ante el deseo. Una respuesta cuya certidumbre se obtiene a nivel de las acciones del sujeto, de sus movimientos y detenciones, que son maneras de expresar decisiones y dudas ante algo importante que se juega en la vida y se desconoce. De manera similar a lo que sucede en el sofisma de los tres prisioneros en el texto “El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada” de Lacan (2009), en el que la vacilación del otro, expresada en los momentos de suspensión, hace signo de algo que para el sujeto se ha vuelto significativo. Y de ese modo el sujeto se precipita en una certidumbre anticipada al pensamiento que responde al problema.

Lo que destaca Masotta al enigma que se le presenta al sujeto es que dicho problema ya está resuelto en estructura y las soluciones no se encuentran en el pensamiento, sino en la repetición de determinadas conductas que el sujeto desconoce. Para Masotta, las enfermedades son estructuras inconscientes inscriptas en el cuerpo que privilegian determinadas acciones debido a ciertas exigencias lógicas de coherencia. Y la clase media padece de una enfermedad mental cuyo germen anida en la delación. En el corazón de la clase media late la acción de la traición que desconoce y empuja al sujeto a no saber que vive como un farsante. Al principio no resulta fácil digerir esta afirmación para quien se identifica con el ideal de progreso, tan afín a la clase media, por el cual destina su tiempo al trabajo sin poder, en realidad, hacer mucho dinero. La clase media más bien se

siente traicionada por la política debido a que no puede permanecer por mucho tiempo en la tierra prometida de la prosperidad. Las crisis económicas cada tanto la sacuden de su sueño. Por eso le cuesta asimilar la traición cuando cae de su parte. Pero si seguimos la conducta del delator que encarna Astier, el personaje principal de la novela *El Juguete Rabioso* de Roberto Arlt, encontramos que al final no solo se comporta como un Judas Iscariote, sino que delata a su amigo de la infancia para hacerle un “bien”. Lo delata para salvarlo del mal camino y se vanagloria de que por su amor altruista está dispuesto a soportar la humillación de quedar en la historia como un traidor. Estos pasajes, si bien nos pierden por los laberintos despreciables de la delación, también nos lleva a una traición mayor en la que incurre la clase media y que encuentra su respuesta en Lacan con en el Seminario de *La ética del psicoanálisis* (2015).

Cuando Lacan habla de la traición, es en relación al deseo. En *La ética del psicoanálisis* señala “que de la única cosa de la que se puede ser culpable, desde la perspectiva psicoanalítica, es de haber cedido en su deseo” (Lacan, 2015, p. 190). Lo peor para Lacan es cuando se tolera la traición justificada por hacerle un bien al otro, porque dicha elección del sujeto es el camino de entrada a una vida ordinaria sostenida por un pacto donde cada uno se compromete a abandonar el deseo. Y qué resulta de ese pacto, sino la sospecha de que una parte de sí mismo se ha vuelto un espectro que transita la vida como un muerto viviente.

El estilo de escritura de Masotta es de una trama similar al movimiento de pliegue que rodea al objeto. Como por ejemplo la locura de tener que resolver mediante la escritura las contradicciones estructurales que pesaban en su historia. O bien, la locura que no se expresa tanto en experimentar un sentimiento de lejanía con su libro, como si lo hubiese escrito otro, sino de pensar que dicha distancia le permitiría juzgar su escritura como si se tratara de un objeto extraño. Este objeto libro que resulta extraño, y a la vez lo más íntimo, se puede apreciar en su título: “Roberto Arlt, yo mismo”. A pesar de reconocer lo engañoso de dicho sentimiento de lejanía, y la pretensión de analizar objetivamente su propia obra, Masotta teje la telaraña donde apresar sus elecciones, a partir de dicha experiencia de extrañeza, que le permitieron producir un saber singular pero transmisible.

Por ejemplo, cuando se pregunta “¿quién era yo, entonces, cuando escribí ese libro?” (Masotta, 1968, p. 177), en parte es para decir que cuando escribió *Sexo y Traición en Roberto Arlt* experimentó cierto carácter exótico

de su escritura. Lo extraño que se evidencia en usar un estilo refinado francés para escribir sobre un autor como Roberto Arlt, cuyo estilo estaba mucho más cercano a él que Jean-Paul Sartre o Maurice Merleau-Ponty. Es como si el hecho de haber tomado prestado el tono extranjero desde el cual interpretar a un autor local, le hubiese devuelto la pregunta sobre sí mismo. En ese momento su escritura estaba influenciada por el estilo refinado de tonos que usaba Merleau-Ponty para nombrar los objetos. Una lengua que proviene de un orden social muy distinto al de Argentina. Toma como ejemplo las lenguas chino-tibetanas, que aparecen históricamente en sociedades muy jerarquizadas, en las que los tonos de las frases son utilizados para nombrar objetos. Algo totalmente lejano para Masotta y Roberto Arlt, ambos integrantes de la clase media Argentina, que en su corta historia nunca tuvo un orden aristocrático, y que tampoco fueron hablados por ninguna otra lengua de tonos que no sea la popular.

Volviendo a dicho objeto que se presenta como lo más íntimo y ajeno a la vez ante el cual el sujeto es llamado a responder, se puede tomar del texto de Masotta la sonrisa dibujada en el rostro de su padre muerto en el cajón. Dicha sonrisa le devuelve primero la certeza de que amaba esa cara y segundo la indignación repulsiva. ¿Qué es lo indignante y repulsivo, si no amar a un padre que ignora su propia enfermedad? Cito a Masotta (1968): "...no le perdonaba lo que mis ojos veían, su ceguera con respecto a los determinantes de clase, de trabajo y de dinero, que pesaban tanto sobre él como sobre mí" (p. 185). Este pasaje muestra cómo el discurso de Masotta puede captar que lo más amado y odiado en el otro es una parte de sí que sigue en movimiento, determinado por un orden simbólico pero hasta ahí, o aún más...

Todos los pensamientos aborrecibles dirigidos al padre testimonian en Masotta el deseo de ir más allá de la solución paterna. Más allá de la solución en la que encalla la clase media y traiciona al deseo, como la sonrisa de quien tiene la feliz dicha de morir en la cama sin haber despertado nunca a las condiciones sociales que determinan su propia enfermedad. Masotta lo hace, da el paso. Pero, si bien no traiciona su deseo, ¿por qué cae en un padecimiento más espantoso? Como la experiencia inquietante en el cuerpo de cosas que están por fuera de los marcos del inconsciente. Ahora bien, que el padre ignore su propia enfermedad, ¿no es equivalente a que el inconsciente ignore la suya propia? Si la enfermedad del inconsciente son aquellos espectros que se relacionan con el mundo con un goce

extenuado ¿qué queda sino también traicionarlos? Sin el encuentro con lo real, ¿cuál es la satisfacción del inconsciente sino seguir el curso de las representaciones hasta que el cuerpo extenuado ya no pueda hacer más pareja con dicha máquina descompuesta?

Referencias

Freud, Sigmund (1990). El malestar en la cultura. En *Obras completas. Volumen XXI* (1927-31) (pp. 57-140). Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Freud, Sigmund (1991). Proyecto de psicología. En *Obras completas. Volumen 1* (1886-99) (pp. 323-446). Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Freud, Sigmund (1992). Psicología de las masas y análisis del yo. En *Obras completas. Volumen 18* (1920-22) (pp. 66-136). Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Masotta, Oscar (1968). Roberto Arlt, yo mismo. En *Conciencia y estructura* (p. 177-192). Buenos Aires: Editorial Jorge Álvarez.

Lacan, Jacques (2009). "El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma". En *Escritos 1* (pp. 193-208). México D.F.: Siglo XXI.

Lacan, Jacques (2015). *El seminario 7. La ética del Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.



"Invierno" (2015).
Acrílico sobre Tela.
Autor: Gerardo Oberto,